

LA CRISIS DEL MARXISMO (*)

(II)

Por RAMON GARCIA COTARELO

EL MARXISMO IDEOLOGICO DE LA INSTITUCION

1. *El «marxismo legal»*

La primera manifestación del marxismo en la Rusia aún bárbara de los zares y el capitalismo incipiente es aquel famoso «marxismo legal» contra el que Plejanov y Lenin, sobre todo, lanzaron sus dardos polémicos más envenenados (44). Ahora bien, Lenin, Plejanov, etc., al polemizar con el marxismo legal llegan a la conclusión, si acaso, de que muestra una interpretación burguesa del marxismo (45). Lo que ninguno hace es un análisis

* La primera parte de este trabajo ha sido publicada en el núm. 5 (sept.-octubre 1978) de esta revista.

(44) Un juicio sucinto sobre el marxismo legal en LEONARD SCHAPIRO: *The Communist Party of the Soviet Union*, Methuen, Londres, 1970, págs. 13-16. Asimismo, E. H. CARR: *The Bolshevik Revolution, 1917-1923*, Penguin, Harmondsworth, páginas 21-23 (tomo 1).

(45) La posición de Lenin frente al marxismo legal muestra una penetración considerable desde el punto de vista estrictamente político, pero atribuye el marxismo legal a una especie de subterfugio, maniobra o artimaña de la burguesía para decapitar a la revolución: «Nosotros asistimos a un espectáculo altamente edificante y altamente cómico. Las prostitutas del liberalismo burgués intentan cubrirse con la toga del revolucionarismo. (...) Hasta la burguesía comienza a percibir que es más conveniente colocarse en el terreno de la revolución —hasta tal punto se tambalea la autocracia—. (...) El reconocimiento de la revolución por la burguesía no puede ser sincero, independientemente de la honestidad personal de éste o del otro ideólogo de la burguesía. La burguesía no puede dejar de aportar también a esta fase superior del movimiento su egoísmo y su inconsecuencia, su mercantilismo y sus mezquinas estrategias reaccionarias.» Véase V. I. LENIN: *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*, en *Obras Escogidas*, cit., tomo I, págs. 572-73.

de clase de la existencia de ese marxismo legal. Explicar que el marxismo legal aparece como un perverso intento de la burguesía de confundir a los obreros resulta excesivamente primitivo. Parece bastante más probable que el marxismo legal fuese una especie de moda intelectual que la burguesía de la época acogió como medio de presión para conseguir sus objetivos de transformación capitalista y democrático-burguesa de la autocracia zarista. Por el tipo de acusaciones que Lenin y otros marxistas revolucionarios dirigen, parece deducirse que lo que los «marxistas legales» pretendían era valerse del marxismo —y de su prestigio científico— para demostrarse a sí mismos, a la burguesía, y sobre todo a la autocracia, la inevitabilidad del desarrollo capitalista en Rusia, y con ello, seguramente, de las transformaciones democrático-burguesas en consonancia. Lo que los marxistas legales parecían estar diciendo a la aristocracia feudal rusa, provistos de los textos de Marx, era que por razones «científicas» el feudalismo estaba llamado a desaparecer, dejando paso a la organización capitalista de la sociedad. Marx servía aquí de profeta de la revolución burguesa. Que, al propio tiempo, los marxistas legales prescindieran de las conclusiones, no menos marxistas, de que la burguesía generaba sus propios sepultureros en la clase obrera, etc., resulta congruente con una interpretación clasista-burguesa del marxismo.

Conviene retener esta hipótesis respecto a los rasgos burgueses de la recepción del marxismo en Rusia, pues nos será luego de utilidad al estudiar los caracteres de la revolución bolchevique y, en consecuencia, de la propia URSS.

2. *El marxismo revolucionario y su burocratización*

El marxismo soviético aparece, desde el comienzo, fuertemente influido por la interpretación de las tres personalidades decisivas de la revolución: Lenin, Stalin y Trotski. Cada uno de ellos ha pretendido un ámbito de validez universal para su versión. Sabidos son los aspectos en los que las tres interpretaciones son divergentes: cuestiones de organización, relaciones entre el partido y el Estado, cuestión campesina, relaciones entre la dictadura y la democracia, revolución permanente, socialismo en un solo país, velocidad de construcción e implantación del socialismo, colectivizaciones, etc. Lo que nos interesa aquí, sin embargo, es localizar los aspectos en que las tres interpretaciones son coincidentes. En primer lugar, cabe señalar, como ya ha hecho algún autor, que se trata de interpretaciones *no europeas* del marxismo y, por tanto, al margen de las características de las tradiciones culturales de

Occidente (46). No se pretende decir con esto que se trate de un marxismo «asiático», por ejemplo, utilizando, además, el término asiático en un sentido estúpidamente peyorativo. Lo que se pretende es decir que se trata de un marxismo surgido en unas condiciones nítidamente delimitadas, en una zona que, muy poco cosmopolita, no podía dar una interpretación que fuera universalmente válida y sí, en cambio, simplificada, esquemática y radicalizada. Supuesto que estas interpretaciones pretendieran, en efecto, tal validez universal, acabaría planteándose un problema grave, como realmente sucedió. La versión soviética adaptaba el marxismo a unas condiciones peculiares estrictas (falta de tradiciones democráticas, carácter absoluto del despotismo zarista, escasísimo desarrollo del capitalismo, etc.) y lo hacía, por otro lado, de un modo si no claramente inadecuado, sí por lo menos discutible. En efecto, por más que hayan llegado a enfrentarse en otros terrenos (Lenin y Trotski en la etapa de 1905-1917; Trotski y Stalin en la posterior a 1924), ninguna de las tres personalidades duda un solo momento acerca del carácter auténtico de la revolución bolchevique; todos coinciden, sin vacilación alguna, en afirmar que se trata de una revolución socialista en sentido marxista.

Sin embargo, este es, justamente, el problema más interesante: el de si realmente se puede considerar como socialista a la Revolución de octubre. De hecho, dado que durante tantos años el pensamiento revolucionario ha vivido sometido a la enorme fascinación que ejercía en él octubre de 1917, esta cuestión está muy lejos de ser meramente académica. Es, por el contrario, una cuestión que tiene, sin duda, repercusiones profundísimas. Prácticamente desde la fundación de la III Internacional, en 1919, se ha venido insistiendo en que no había más que *una sola vía de acceso al socialismo*, que pasaba, forzosamente, por la reproducción exacta del proceso seguido en la revolución bolchevique. Con posterioridad, a partir de la Conferencia de los Partidos Comunistas de Moscú de 1969, se admitió la *pluralidad de vías al socialismo*, en innovación teórica que ya venía incubándose desde los tiempos del XX Congreso del PCUS y la desestalinización. Con esta decisión ya no se pensaba que todo país que pretendiera darse una organización socialista tenía que pasar forzosamente por un fenómeno igual al de la revolución bolchevique y sus consecuencias inmediatas. Este reconocimiento nos acerca aún más a la posibilidad de plantearnos el carácter socialista de la Revolución de octubre. Por supuesto, no se trata aquí de poner en

(46) Cfr. IGNACIO SOTELO: *Del leninismo al stalinismo. Modificaciones del marxismo en un medio subdesarrollado*, Edicusa, Madrid, 1976.

duda el término «socialista» en abstracto, sino de cuestionar la condición socialista-marxista de la Revolución de octubre (47).

Es éste un problema espinoso, sobre el que se ha polemizado mucho, pero no lo suficiente todavía. Por lo general, lo que los críticos tratan de hacer en sus análisis es dar por sentado el carácter incontrovertiblemente socialista-marxista de la revolución bolchevique y buscar luego las explicaciones posibles de por qué ha perdido posteriormente ese carácter. Así, por ejemplo, el análisis, ya clásico, que abrió el debate, de León Trotski, *La Revolución traicionada*, supone, en el fondo, un galimatías explicativo sobre si la llamada «degeneración» del estado obrero se debe al terdorianismo o al bonapartismo de la camarilla stalinista, en qué se diferencian exactamente aquéllos, etc. (48). Posteriormente, el grupo *Socialismo o barbarie* mantuvo una polémica interminable acerca de si la URSS seguía siendo o no un Estado obrero degenerado, si ya se había convertido en un Estado capitalista, etc. (49). Este es, también, el tema de las críticas, poco rigurosas, a nuestro juicio, sobre la «nueva clase» en la obra de Milovan Djilas. Más recientemente, Charles Bettelheim ha dedicado una obra, todavía inconclusa, al análisis del carácter de clase de la URSS (50).

En realidad, parece que el problema, siendo muy complicado por un lado, es muy simple por el otro. No es fácil ver por qué habíamos de continuar atribuyendo carácter de socialista —en un sentido marxista— a una revolución que no ha dado resultados socialistas (51). Todo lo que ha hecho ha

(47) Esta posibilidad tampoco es tan nueva. Cfr., al respecto, lo que Gombin comunica en relación con la crítica izquierdista a la URSS, en RICHARD GOMBIN: *The Origins of Modern Leftism*, Penguin, Harmondsworth, 1975.

(48) Véase LEÓN TROTSKI: *La revolución traicionada*, cit., págs. 260-61.

(49) Cfr. R. GOMBIN, *op. cit.*

(50) Cfr. CHARLES BETTELHEIM: *Les luttes de classes en URSS*, Seuil-Maspero, París, 1974, *passim*.

(51) Tratamos con más detenimiento este difícil asunto en un trabajo más extenso actualmente en prensa. Aquí cabe adelantar, no obstante, que, en principio, las líneas generales de la crítica al carácter de la revolución bolchevique pueden establecerse como sigue: 1.º) carácter de la propia revolución (poco proletariado, escaso desarrollo de las fuerzas productivas; el hecho de que un proceso revolucionario no se puede reducir a un acto político como el asalto al Palacio de Invierno, etc.); 2.º) carácter del período de reconstrucción, subdividido en cuatro ámbitos: a) económico —acumulación «socialista» de capital—; b) político —reconstrucción de la unidad nacional sobre la base del antiguo imperio—; c) jurídico —regreso a las concepciones tradicionales y represivas del Derecho: Vichinski—; d) social —fracaso y anulación de las reformas educativa y del derecho de familia—; 3.º) carácter de clase de las instituciones surgidas y mecanismos institucionales por los que se va asegurando el relevo de las élites dirigentes. En este terreno es sumamente instructivo un trabajo acerca de

sido dar lugar a un sistema muy peculiar de dominación caracterizado por el capitalismo de Estado que presenta una serie de singularidades —ventajas para la mayoría de la población— en lo económico y que, sin embargo, se equilibran con otras singularidades —desventajas éstas— en lo político.

3. *El marxismo como aparato ideológico del Estado*

Este es, quizá, el rasgo más sobresaliente de la crisis del marxismo en nuestro tiempo. El Estado, en los países del «socialismo real», se compone, al igual que en los países capitalistas, de las dos partes que distingue el análisis marxista contemporáneo: el aparato represivo del Estado y los aparatos ideológicos del Estado (52). *Mutatis mutandis*, la función y estructura de éstos es similar en las dos formas de Estado. Por lo demás, uno de los elementos que, hoy por hoy, más claramente distingue al Estado socialista del capitalista es la muy diferente función que en ellos cumple la ideología. Mientras que en el Estado capitalista, al menos en sus manifestaciones más consumadas de capitalismo avanzado, la ideología opera de una forma camuflada, pretendiendo pasar inadvertida, puesto que el Estado, oficialmente, carece de «doctrina», en los Estados socialistas, en cambio, la ideología se encuentra por doquier; el Estado socialista es profundamente doctrinario (53). La ideología, definida como «instrumento de manipulación monopolista del comportamiento social» (54), es omnipresente en la sociedad del

las transformaciones de la estructura de clase de la URSS desde la revolución (nuevos sectores consolidados, advenedizos, movilidad ascensional, etc.) de HANS DIETER SEIBEL: «Problemlage und Schichtungssystem in der Sowjetunion», en *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, Colonia, núm. 2, junio de 1976, págs. 212-238.

(52) Para una clara distinción entre el aparato represivo del Estado y los aparatos ideológicos, así como una elaboración teórica de los últimos, cfr. LOUIS ALTHUSSER: *La filosofía como arma de la revolución*, Cuadernos de pasado y presente, Córdoba, 1970. Cfr., asimismo, el último libro de Nicos Poulantzas en el que, a la distinción entre aparato represivo del Estado y aparatos ideológicos, añade los aparatos económicos del Estados; NICOS POULANTZAS: *L'Etat, le pouvoir, le socialisme*, PUF, París, 1978.

(53) Unos de los primeros en advertir este hecho fueron Huntington y el actual consejero del presidente Carter, Brzezinski. Estos dos autores, sin embargo, confunden, advertida e inadvertidamente, «doctrina» con «ideología» y al constatar que los Estados democráticos occidentales carecen de «doctrina», entienden que, en realidad, carecen de ideología o, por lo menos, en el caso de los Estados Unidos, la utilizan con menos intensidad que en la URSS. Véase ZBIGNIEW BRZEZINSKI y SAMUEL P. HUNTINGTON: *Political Power: USA-URSS*, Vikin, Nueva York, 1970, págs. 74 y sigs.

(54) En una clasificación acertada, Kielmansegg entiende que la ideología debe cumplir dos funciones en el orden social: a) «tiene que permitir al núcleo dirigente

«socialismo real» y cumple las funciones más diversas de legitimación y justificación de la organización económico-social, la estructura política y la política interior y exterior de los Estados. Curiosamente, el vehículo principal de canalización de las funciones ideológicas en el Estado socialista es el marxismo. No hay duda de que la instrumentalización de la doctrina marxista (en estos países recibe el nombre de marxismo-leninismo y, en alguno, como la República Popular China, el más farragoso de «marxismo-leninismo-pensamiento Mao Tse Tung») (55) persigue diversos fines en cuanto al público al que va dirigida (se trata de mantener una imagen favorable, en la medida en que el marxismo continúa siendo una concepción atractiva para los pueblos del Tercer Mundo y también para los trabajadores de los propios países socialistas) y en cuanto a los fines prácticos que haya de cumplir (la formulación oficial de la doctrina marxista por las instancias oficiales del Estado y del Partido no solamente incorpora la verdad *per se*, sino que, además, determina las pautas por las que se han de regir todas las demás actividades intelectuales, sean del orden que sean, ya Derecho constitucional, ya sociología, teoría política, historia, etc.). Desde esta perspectiva, la instrumentalización por parte del Estado socialista ha convertido al marxismo de teoría crítica en una doctrina del control total de la sociedad y de todas sus manifestaciones.

El «marxismo» que se elabora, en consecuencia, en los países del «socialismo real», dirigido y generado por los aparatos ideológicos del Estado, en situación de impunidad e irresponsabilidad absoluta con relación a los posibles contradictores o críticos en general, tiene la prepotencia de todo lenguaje del poder, el cinismo de todo producto de la dominación, la ignorancia de todo pensamiento protegido y el aburrimento de toda reflexión adminis-

decidir de modo exclusivo y vinculante acerca de los valores y normas socialmente relevantes, lo que por lo general se consigue bajo la forma de interpretación de fórmulas codificadas», y b) «tiene que permitir al núcleo dirigente fabricar esquemas de interpretación de la realidad que sean vinculantes para la sociedad. La capacidad de orientación del núcleo dirigente depende decisivamente del rendimiento de la ideología en estos dos terrenos (recordando, asimismo, que la ideología únicamente puede ser eficaz en la medida en que consigue controlar de modo monopolista el conjunto de la comunicación social. Puede verse, por tanto, cómo un monopolio trae consigo al otro». Véase PETER GRAF KIELMANSEGG: «Krise der Totalitarismustheorie?», en *Zeitschrift für Politik*, Munich, 1974, año 21, cuaderno 4, págs. 312-28.

(55) Véase un buen estudio acerca de la repercusión de esta doctrina de «marxismo-leninismo-pensamiento Mao Tse-tung» sobre la estructura constitucional china en BERNARDO FERNÁNDEZ PÉREZ: «El nuevo orden constitucional de la República Popular China», en *Boletín Informativo del Departamento de Derecho Político*, UNED, Madrid, octubre de 1978.

trativa. Es, por tanto, una elaboración prepotente, cínica, ignorante y aburrida.

Allí donde más claramente pueden apreciarse estas cualidades es en el examen de la reflexión «marxista» sobre el propio Estado socialista. En este campo, la doctrina oficial, que sienta cátedra, es de una falsedad rayana en la impudicia. La falta de análisis críticos de la propia situación constitucional aparece suplida con ditirambos que falsean de propósito el conocimiento de las formas de dominación política. Luego de que el último texto constitucional soviético consagre como avance marxista creador el engendro demagógico antimarxista del «Estado de todo el pueblo», que es doctrina corriente desde los tiempos de Krustchev (56), los teóricos políticos marxistas de los países socialistas alcanzan cotas de insinceridad y falta de sentido crítico intolerables en otra situación. Por ejemplo, cuando un texto oficial de Ciencia Política de la República Democrática Alemana declara apodícticamente que la democracia socialista crea «un nuevo aparato estatal en el que *los órganos representativos directos del pueblo* tienen la función decisiva (57), ello no resulta más llamativo que el conjunto de trivialidades justificativas que puede leerse en otras obras de carácter académico en las que, manifiestamente, lo que se busca no es alcanzar un conocimiento más exacto de la realidad, sino mostrar a toda costa que la realidad existente es el mejor de los mundos (58).

Es curioso comprobar cómo esta elaboración doctrinal, que pasa por ser marxismo en estos países, además de justificar y enaltecer las formas socialistas de dominación, sirve también para interpretar y justificar otros fenómenos, en una especie de alarde de imperialismo ideológico. Así, enfrentado a los problemas planteados por la nueva izquierda en Europa, el ideólogo soviético E. Batalov concluye condescendentemente que lo mejor que puede

(56) Sobre la nueva Constitución soviética puede consultarse el reciente trabajo de HERMAN OEHLING RUIZ: «La nueva Constitución soviética», en *Revista de Estudios Políticos* (Nueva Epoca), Madrid, núm. 2, marzo-abril de 1978.

(57) Parteihochschule «Karl Marx» beim ZK der SED: *Politisches Grundwissen*, Dietz, Berlín, 1970, pág. 208.

(58) Cfr. al respecto, entre otros panegiristas marxistas del Estado socialista, GYÖRGY ANTALFFY: *Basic Problems of State and Society*, Akadémiai Kiadó, Budapest, 1974. Véase cómo incluso un autor de manifiesta talla intelectual y honestidad científica como Radomir Lukic, al examinar problemas específicos del Estado socialista, resulta repentinamente nebuloso y poco convincente. Por ejemplo, es difícil comprender por qué, para Lukic, el Estado socialista es más democrático que las democracias burguesas y por qué no le hacen falta los partidos políticos. Véase RADOMIR LUKIC: *Théorie de l'Etat et du Droit*, Dalloz, Paris, 1974, págs. 261 a 263 y 266-67.

hacer aquélla es aproximarse a los partidos comunistas, considerados como los partidos revolucionarios del proletariado (59). Planteado el problema de si el Partido Comunista francés era algo a lo que los revolucionarios de mayo de 1968 podían aproximarse, Batalov emite lo que, a todas luces, es versión oficial de los acontecimientos de la época: «Los comunistas siempre han considerado su deber la lucha incansable contra el revolucionarismo pequeño-burgués y la vigilancia para que su partido no incurra en ninguna aventura izquierdista» (60). Este tipo de reflexión tan sólo puede provenir de una concepción oficialistamente dogmática en la que la crítica y el análisis hayan sido sustituidos por la consigna. Lo que permite en todo momento las mayores arbitrariedades conceptuales (61). El pensamiento ha sido sustituido por la publicidad. No es de extrañar que, en esta situación, los teóricos oficiales socialistas sostengan una visión peregrina de un marxismo ajeno al mundo, como una especie de «ideología comercial cerrada», a estilo fichteano: «La integridad del marxismo proviene de su monismo sociopráctico, que excluye la posibilidad de su desarrollo a partir de elementos ideológicos tomados de la generalización de la experiencia de diversas clases; proviene de la unidad de la teoría y la práctica marxistas, que hace imposible ampliar el marxismo añadiéndole ninguna especulación «pura»; proviene de la orientación del marxismo como una fuerza espiritual, materializada en la sociedad, orientada hacia una fuente de referencia social: el proletariado; proviene de la interrelación e interdependencia funcional de todos los elementos de la doctrina marxista» (62). Si se recuerda cuál es el origen de clase de Marx.

(59) Véase E. BATALOV: *The Philosophy of Revolt*, Progreso, Moscú, 1975, pág. 246.

(60) *Ibid.*, pág. 205.

(61) Así, por ejemplo, para el filósofo Zarodov la transición del capitalismo al socialismo está gobernada por «leyes» que tienen la misma fuerza e inevitabilidad que las de la naturaleza (puesto que la sociedad, en su evolución, está sometida a tales «leyes»). El alcance de estas «leyes», sin embargo, se hace absolutamente incomprensible en el momento en que nos enteramos que la dictadura del proletariado, que fue «ley» en la transición del capitalismo al socialismo en Rusia, ya no lo es en las democracias populares. Cfr. KONSTANTIN ZARODOV: *El leninismo y la transición del capitalismo al socialismo*, Progreso, Moscú, 1973. De igual modo, Sidorov, otro filósofo soviético, sostiene que el materialismo histórico es una ciencia. Como tal ciencia, puede ser aplicada a los países capitalistas y dar unos resultados espléndidos en cuanto a hipótesis, explicaciones, vaticinios, etc. La misma ciencia, sin embargo, aplicada a una sociedad mucho más cercana al investigador, como es la socialista, no produce más que un galimatías confuso de justificaciones apresuradas y ensalzamientos escasamente analíticos. Es decir, la ciencia se convierte en propaganda. Véase M. M. SIDOROV: *Qué es el materialismo histórico*, Ediciones Pueblos Unidos, Buenos Aires, 1975, págs. 170-71.

(62) E. BATALOV, *op. cit.*, pág. 48.

Engels, Lenin, etc., podrá pensarse qué experiencias de clase estaban sintetizando y cabrá, también, comprender a quién está el autor reservando el derecho de «producir» marxismo.

De este modo cabría prolongar considerablemente la lista de ejemplos. Ello no nos daría una visión que no tengamos ya del funcionamiento —por otro lado, relativamente simple— de lo que algún autor ha llamado «la escolástica soviética». Si es justo, sin embargo, reseñar los intentos que, dentro de los países socialistas, están llevándose a cabo para devolver al marxismo su *status* originario de teoría crítica enfrentada al poder y capaz de explicar los fenómenos de la dominación, cualquiera que sea la justificación de ésta. Estos intentos —aún muy tímidos y a merced de la represión institucional donde quiera que hayan llegado a alcanzar una cierta importancia— se han dado en los círculos académicos de algunos países socialistas y hacen concebir esperanzas de una regeneración del marxismo como empresa crítica, científica y revolucionaria. Al margen de algunas actividades, poco conocidas por desgracia, de algunos intelectuales checos y algunos sociólogos soviéticos, cabe reseñar, en un plano filosófico y teórico general, la obra del grupo de la revista *Praxis* (63). Un gran interés ha tenido también el florecimiento de los teóricos —fundamentalmente sociólogos y filósofos— de la llamada «escuela de Budapest»; casi todos ellos antiguos discípulos de LUKÁCS, han contribuido notablemente a hacer avanzar los análisis sociológicos marxistas de la estructura social y las relaciones institucionales de poder en las sociedades socialistas, abriendo con ello un campo realmente nuevo y sugestivo para el marxismo (64).

Evidentemente, la posibilidad que exista de generar un avance en la elaboración de la doctrina marxista en los países del «socialismo real» vendrá

(63) Fundamentalmente Mihailo Marković y Gajo Petrović, con sus estudios acerca del humanismo marxista y el nuevo marxismo. Vranickí y Stojanovič son también de la escuela que ha sufrido represión académico-administrativa por parte de las autoridades yugoslavas.

(64) La escuela de Budapest también ha sufrido represión político-administrativa, encontrándose sus antiguos miembros, ya exiliados, ya depuestos de los cargos que ostentaban. Desde el punto de vista de la sociología marxista aplicada a las sociedades socialistas ofrece gran interés ADRAS HEGEDŰS y MARIA MÁRKUS: *Sviluppo sociale e organizzazione del lavoro in Ungheria*, Feltrinelli, Milán, 1975. Una visión de conjunto de las posiciones de la escuela en muy diversos campos se encuentra en LUKÁCS, HELLER, FEHÉR, etc.: *Individuum und Praxis. Positionen der «Budpester Schule»*, Suhrkamp, Frankfurt, 1975. En un plano más abstracto, pero de gran interés para un desarrollo no dogmático del marxismo, deben señalarse las obras de AGNES HELLER: *Per una teoria marxista del valore*, Editori Riuniti, Roma, 1974, y *La teoria dei bisogni in Marx*, Feltrinelli, Milán, 1977 (1.ª ed., 1974).

dada por la audiencia que vayan obteniendo estos grupos críticos más o menos cohesionados y la mella que vayan haciendo en la fachada monolítica de un marxismo petrificado en la instrumentalización propagandística. Esto, a su vez, no parece muy viable si no es como resultado de una democratización progresiva de las sociedades socialistas y de sus estructuras políticas. Ahora bien, no es probable que vaya a producirse tal tipo de democratización interna a no ser a través de la influencia de los factores exteriores, contando entre ellos, naturalmente, los avances del marxismo realizados en los países occidentales.

Decíamos en los comienzos de este trabajo que negar el hecho de la crisis del marxismo no podría conducir a nada. Un repaso breve de la situación en los países socialistas nos ha permitido constatar que, en ellos, la crisis del marxismo se acerca peligrosamente al estado de defunción. Lo que nos queda por ver ahora es la viabilidad o no del marxismo en las sociedades del capitalismo avanzado y cuáles son las causas aquí de la crisis del pensamiento marxista.

MUERTE Y RESURRECCION DEL MARXISMO EN OCCIDENTE

1. *Las sucursales de la institución y la guerra fría*

La situación creada al acabar la segunda guerra mundial fomentó el predominio del marxismo institucional soviético (a través de sus sucursales en los países capitalistas, es decir, de los partidos comunistas), en detrimento de la posibilidad de desarrollo de un marxismo autónomo y creativo. Este hubiera podido surgir paralelamente a la situación revolucionaria que se originó a raíz de la derrota de los países fascistas. El predominio del marxismo de corte soviético puede explicarse en función de tres factores que concurrieron para hacerlo posible:

Primeramente, el hecho de que, en el seno del movimiento obrero, sólo las sucursales de la institución soviética, o sea, los partidos comunistas, mostraran interés por desarrollar, al menos nominalmente, la teoría marxista y reclamaran para sí, además, un derecho exclusivo de hacerlo, basado en consideraciones de dudosa legitimidad. El hecho es que el socialismo europeo había mostrado —ya desde el período de la entreguerra— un desinterés acusado por los asuntos de la teoría marxista. A partir de la guerra, los socialistas acentuaron su actitud flexible y pragmática, ajena a las cuestiones doctrinales embrolladas. La casi inmediata polarización del mundo de posguerra en dos bloques antagónicos y la rapidez con que los socialistas se ali-

nearon en el bloque liberal-capitalista-democrático-occidental, acentuaron esta actitud del socialismo. A falta de interlocutores o de críticos imparciales, los comunistas se arrogaron la función de intérpretes de textos sacros, limitándose a traducir a la vernácula las consignas que les llegaban en ruso. Eso era el marxismo occidental de la época.

En segundo lugar, debe siempre tenerse en cuenta la enorme influencia que la URSS continuaba ejerciendo sobre los partidos comunistas europeos. No debe olvidarse que si al final de la guerra la III Internacional ya no existía, los partidos comunistas todavía entraron en la contienda como «secciones nacionales de la Internacional Comunista». Durante la guerra tampoco hubo grandes posibilidades de cuestionar la hegemonía de la URSS sobre el conjunto del movimiento comunista: de haberlas habido, los militantes comunistas no estaban preparados para hacerlo; y, de haberlo estado, su dependencia moral y material de la URSS no se lo hubiera consentido. De esta forma, a pesar del fracaso disfrazado de éxito que supuso la III Internacional y a pesar del misterio sostenido que siempre fueron los repentinos cambios de la política exterior soviética (65), la tradición, la existencia de la Kominform —sólo disuelta oficialmente en 1953—, la alianza de la URSS con los países democráticos y las circunstancias peculiares de la resistencia antifascista, todo ello hizo que se mantuviesen la hegemonía y el ascendiente rusos sobre los partidos comunistas europeos.

En tercer lugar, las condiciones especiales de la guerra fría impedían, por diversos motivos, un debate abierto y fructífero sobre problemas de la teoría marxista, que hubiera podido ser esencial para una vivificación del marxismo. Aquella izquierda que, no siendo socialista ni comunista, hubiera podido hacer aportaciones a un debate sobre la actualización de la teoría marxista, tuvo que mantenerse en silencio en el clima asfixiante de la guerra fría dado que cualquier tipo de oposición o crítica manifiestas era calificada automáticamente de «anticomunista» por las sucursales, o capitalizada por las derechas en sus intereses propios (66).

Durante todo el período de la guerra fría hubo un predominio absoluto

(65) Las difíciles situaciones que creaba a los partidos comunistas el cambio perpetuo e inexplicable de la política exterior de la URSS se analiza pormenorizadamente en FRANZ BORKENAU: *European Communism*, Faber & Faber, Londres, 1953. en especial págs. 233 y sigs., 296 y sigs., etc.

(66) Recuérdese, en este sentido, la intensa polémica habida en Francia a comienzos de los años de 1950 acerca de la posible existencia de campos de concentración en la URSS y las presiones que tuvieron que soportar muchos intelectuales para guardar su independencia de criterio. Todo ello narrado minuciosamente en FRANÇOIS FONVIEILLE-ALQUIER: *La grande peur de l'après-guerre, 1946-1953*, Robert Laffont, París, 1973.

de este marxismo al dictado, que se mostró incapaz de articular una alternativa revolucionaria en ningún momento, por más que la ocasión fue favorable en algunos momentos. El carácter declamatorio e inútil de este marxismo no podía ocultar la contradicción en que se hallaban inmersos los partidos comunistas: eran partidos que continuaban predicando de modo escolástico el evangelio revolucionario del «marxismo-leninismo» de la época, al tiempo que colaboraban activamente —por medio de la participación gubernamental— en la reconstrucción del capitalismo europeo (67).

Finalmente, para acabar de afianzar este monopolio del marxismo dogmático, el proceso de descolonización, que se abre hacia los años de 1950 en adelante, se presenta como una posible alternativa a la formulación de un programa revolucionario que ya nada tendría que ver con el marxismo. La avalancha de escritos que se produce entonces acerca del «tercer mundo», buscando una tercera vía donde, evidentemente, no puede haberla, contribuye a encasillar aún más al marxismo dogmático en su situación de monopolio en el seno de la izquierda.

2. *El fracaso de las profecías económicas*

Paralelamente a estos acontecimientos políticos, el desarrollo económico y el progreso del capitalismo, ambos insospechados, abren un proceso de crítica al marxismo tradicional en cuanto al fracaso de sus profecías económicas. El capitalismo no se hunde; por el contrario, está cada vez más próspero e incluso momento llegará en que alcance a saber tanto de sí mismo que sea capaz de prever y eliminar las crisis cíclicas, aquella especie de trágico hipo infantil que le aquejaba de cuando en cuando. Será, por tanto, el capitalismo el que desmintiendo los vaticinios más trágicos del marxismo acabe convertido en el sepulturero de la teoría revolucionaria. El «milagro alemán» de la economía social de mercado de Erhard prueba, a quien quiera verlo, cuán erróneas eran las previsiones marxistas del *Zusammenbruch* del modo capitalista de producción.

La crisis del marxismo en este campo no solamente se manifiesta a título global, sino también en los aspectos parciales. Los teóricos constatan cambios estructurales en la organización del mercado mundial, que hacen enve-

(67) Con relación a la participación comunista en los gobiernos de posguerra en Francia e Italia, véase FERNANDO CLAUDÍN: *La crisis del movimiento comunista*, cit., págs. 299-309 y 321 y sigs. Para un examen de la función de los partidos políticos en la restauración del capitalismo europeo en la posguerra, véase RAMÓN G. COTARELO: «Los partidos políticos en los sistemas políticos europeos de posguerra», en RAÚL MORODO (ed.): *Los partidos políticos en España*, Labor, Barcelona, 1979.

jecer la teoría marxista del imperialismo. Asimismo se constatan cambios sustanciales en la estructura social y en la composición de clase de las sociedades industriales. Se habla del aumento de las clases medias, de la hipertrofia del sector servicios (son sociedades, se dice, «terciarias»), de los avances enormes de la automatización, etc. Todo ello genera unas relaciones nuevas de clase, que hacen anticuada la concepción marxista de la lucha de clases. En este contexto se inscriben los hallazgos nuevos, como el de la llamada «nueva clase obrera», de Serge Mallet (68).

El éxito logrado por los socialistas en la gestión gubernativa —especialmente en Gran Bretaña y en los países escandinavos—, logrando la realización de una parte muy considerable del programa socialista de reformas y la creación de potentes sectores públicos en la economía, hacen pensar, en principio, a los más realistas, que el anatema lanzado por el marxismo radical al reformismo es injustificado a la luz de los resultados. La posición de los comunistas, en este terreno, es tanto más incongruente cuanto que su condena del reformismo no es otra cosa que el chillido de escándalo hipócrita con el que disfrazan, a su vez, la misma práctica reformista que condenan.

En este momento —mediados y finales de los años de 1950— hemos llegado al punto más bajo de la órbita del marxismo. Parecería como si la vida que le restase fuese meramente vegetativa y por ello ya no cupiera hablar, en puridad, de una doctrina marxista viva (dogmática o no). Hasta sus más acendrados enemigos visten los hábitos de duelo y peroran científicamente: también ellos serían marxistas si el marxismo fuera de verdad una ciencia capaz de explicar satisfactoriamente el desarrollo del capitalismo. Por desgracia, no es esa la situación.

A partir de aquí se inicia el resurgir del marxismo. A mediados de los años de 1960 comienza la reconstitución de la teoría económica marxista contemporánea (69). De igual modo se desarrollan con gran rapidez las teo-

(68) Esta «nueva clase obrera» debe su situación especial, al menos por lo que hace a Francia, a una muy elevada productividad del trabajo y no tiene nada que ver con una «aristocracia obrera» en el sentido leninista del término. Véase SERGE MALLET: *La nouvelle classe ouvrière*, Seuil, París, 1963, pág. 69. Dentro de esta línea se sitúan, aunque en posiciones políticas muy distintas, los primeros análisis de Galbraith y otros autores que posteriormente elaborarán la concepción de la sociedad posindustrial. Un primer intento marxista-empirista de dar cuenta del fenómeno se encuentra en las obras de C. WRIGHT MILLS: *The Power Elite* y *White Collar: The American Middle Classes*.

(69) Adelantados son PAUL BARAN y PAUL SWEETZ: *Monopoly Capital*, Penguin, Harmondsworth, 1968 (1.ª ed., 1965), que estudian las condiciones del capital monopolista en las sociedades desarrolladas.

rias modernas acerca de las formas nuevas de imperialismo, explotación de las naciones, dependencia estructural, etc. (70). Finalmente, este desarrollo alcanza también hasta la crítica de las aparentes ventajas del capitalismo organizado. El marxismo se toma la revancha poniendo al descubierto los límites reales de la mitología del *Welfare State*, que residen en los centros de decisiones respecto a las inversiones industriales, en la extracción y aplicación de la plusvalía social y en el empleo del Estado y sus aparatos económicos al servicio de la clase capitalista en su conjunto (o fracción de la misma).

En definitiva, parece difícil que se pueda utilizar como argumento contra el marxismo la capacidad de que ha dado muestras el capitalismo para transformarse en profundidad y adaptarse a la corrección de los defectos señalados por el propio marxismo. En último término podría señalarse que el marxismo ha abandonado el aspecto de la acción —la voluntad— y no ha sabido movilizar a tiempo las fuerzas necesarias —las famosas condiciones subjetivas— para conseguir la transformación revolucionaria del capitalismo. Lo que parece ilógico es poner en duda su estatuto científico a tenor de que el capitalismo ha corregido aquellos desajustes que el marxismo señalaba como conducentes al hundimiento del propio capitalismo. Mucho más coherente sería decir: puesto que el capitalismo subsiste, el marxismo estaba en lo cierto.

3. *Invalidación doctrinal «erga omnes»*

No obstante, antes de que se iniciara la reconstrucción del marxismo como teoría viva y no dogmática, era lógico que los críticos llevaran el ataque hasta sus últimas consecuencias, hasta llegar a dar la doctrina por muerta. A raíz de las constataciones anteriores (en cuanto a la incapacidad del marxismo para dar cuenta de la evolución del capitalismo) se emitió una serie de juicios que manifestaban otras tantas insuficiencias del marxismo. Durante los años setenta el ataque al marxismo se planteó en todo el frente y se pretendió jubilarlo por todas y cada una de sus proposiciones. Así resulta que los críticos cuestionan la validez de los supuestos antropológicos del marxismo. A tenor de los últimos descubrimientos de la antropología, resultaría que no es demostrable que el desarrollo de las fuerzas productivas sea la causa del

(70) Una enumeración de obras estaría aquí fuera de lugar. Si deben mencionarse, con todo, los nombres más significativos, como Johann Galtung, Silva Michelena, Celso Furtado, André Gunder Frank, Pierre Jalée, Emmanuel Wallerstein, etc.

plusproducto y éste, por vía de apropiación individual, sea la causa de la organización política de la sociedad (71).

Por otro lado, algunos historiadores cuestionan la validez, la operatividad y la exactitud de algunos conceptos esenciales del marxismo, como el modo de producción y, desde luego, se considera que la dinámica de transformación de unos modos de producción en otros —a través de la lucha de clases: la dominada contra la dominante, que acaba siempre con la victoria de la primera sobre la segunda y con la institucionalización de su poder político— es una mera extrapolación injustificada, tanto al pasado como al futuro, del modelo ideal de la revolución burguesa.

Se considera, asimismo, que el marxismo no sólo presenta errores importantes, sino carencias puras y simples que ponen bastante en cuestión las pretensiones marxistas de la totalidad. Así, por ejemplo, Norberto Bobbio, en una serie de conocidos artículos, sostiene que el marxismo carece de una teoría política en sentido estricto (72), por lo que opera sobre una fantasmagoría al hablar de cuestiones políticas.

De más gravedad —debido a su dimensión esencialmente práctica— es la ausencia de una teoría admisible como única de la transición. Evidentemente, este problema de la teoría marxista de la transición está relacionado con la reticencia —señalada anteriormente— a proceder a un análisis del contenido de clase del Estado socialista (73).

(71) Tesis que, en lo esencial, arranca de la obra de AVERELL HARRIS *Canibales y Reyes*.

(72) Cfr. NORBERTO BOBBIO: *¿Qué socialismo?*, cit. A la cuestión había ya contestado Umberto Cerroni, no para afirmar, sin más, la existencia de una teoría política marxista, sino para reconocer los problemas que plantea. Cfr. UMBERTO CERRONI: *Teoría política e socialismo*, Editori Riuniti, Roma, 1973. La mejor respuesta a la crítica de Bobbio, a nuestro juicio, es la de NICOS POULANTZAS en *L'Etat, le pouvoir, le socialisme*, cit. Para Poulantzas es claro que no puede haber una teoría general marxista del Estado; ello no sería marxista. Tendrá que haber, lógicamente, una teoría por cada Estado (págs. 21-22).

(73) La bibliografía sobre problemas de la transición comienza ahora a ser abundante, en especial después del fracaso del intento de Allende y el gobierno de Unidad Popular en Chile. Una obra clásica en la materia que, como sucede con muchas obras clásicas, no aclara prácticamente nada a los efectos actuales, es LEÓN TROTSKI: *El programa de transición para la revolución socialista*, Fontamara, Barcelona, 1977. Una obra de gran interés que plantea el problema de la transición en términos teóricos y de investigación histórica (la transición en general de un modo de producción a otro) e incide directamente en el proceso de renovación del marxismo en este campo, es PERRY ANDERSON: *Passages from Antiquity to Feudalism*, NLB, Londres, 1977 (1.ª ed., 1974). Esta obra aparece complementada por otra del mismo autor, *Lineages of the Absolutist State*, NLB, Londres, 1977.

En el ámbito específico de la ciencia, la hegemonía actual de las corrientes positivistas y neopositivistas (hegemonía que seguramente guarda una relación de efecto-causa con el imperio tecnológico del capitalismo avanzado) parece destruir las pretensiones del marxismo en el campo metodológico. Lo que los críticos reprochan al marxismo es ser una filosofía enemiga de la popperiana «sociedad abierta», esto es, un conjunto ensamblado de proposiciones, ninguna de las cuales puede reducirse a comprobación empírica (74).

A estas críticas se puede añadir la repetición de aquella otra ya muy venerable, pero siempre reproducida con ahínco, que ve en el materialismo histórico una concepción excesivamente simplificada del mundo y, por tanto, rechazable.

En realidad, ninguno de estos ataques y críticas puede poner en cuestión al marxismo entendido con la suficiente amplitud. Sin duda son una manifestación de la crisis (y aquí «crisis» sí se debe entender como «defunción» más o menos) de un marxismo científicista y dogmático, prevalente hasta hace muy poco tiempo. No pueden tener, en cambio, el mismo efecto con relación al marxismo entendido como concepción abierta del mundo. En la medida en que las acusaciones y las críticas no son rechazadas de plano por inadecuadas (cual es el caso del argumento antropológico o de la falta de una teoría política), se hallan ya incluso en el contexto del propio debate doctrinal en el seno del marxismo (por ejemplo, todo lo relativo a la validez del concepto de periodificación, de modo de producción o la carencia de una teoría admisible de la transición). La otra crítica, la que parece tener mayor fuerza debido a que ataca al marxismo desde la perspectiva de la metodología de la ciencia, olvida, sin embargo, en su preocupación empirista que el marxismo *no es una ciencia*, sino que es *más que una ciencia*; es decir, que no solamente pretende reunir en un seno único a los postulados metodológicos de las diversas ciencias (y aquí sí es importante que el marxismo, en cuanto filosofía de las ciencias, tenga buenas relaciones con ellas), sino también un factor voluntarista y subjetivo del que hablaba al comienzo del trabajo y resulta muy difícil de reducir a categorías científicas.

(74) Este tipo de crítica empirista al marxismo puede encontrarse en cualquiera de las obras de KARL R. POPPER, en especial *The Open Society and Its Enemies*, vol. 2, *Hegel & Marx*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1969, págs. 193 y sigs.; igualmente, KARL R. POPPER: *The Poverty of Historicism*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1972, pág. 51. Véase también PAUL KEVENHÖRSTER: «Essentialismus, Eschatologie und Empirismus», en *Zeitschrift für Politik*, Munich, año 21, núm. 3, septiembre de 1974, págs. 286-310.

4. *Vuelta a la transparencia y conclusión*

La situación de crisis aguda a que se ha llegado en los años setenta ha obligado a replantear de modo radical toda nuestra concepción del marxismo. En especial, las relaciones entre teoría y praxis, la vinculación de la doctrina a la institución, esto es, al partido, etc.

En esta decisión de replanteamiento ha tenido una importancia enorme el proceso de integración en el sistema político de las sucursales que hasta ahora ostentaban el monopolio del pensamiento marxista. Esta integración pudo haberse previsto desde el momento en que, sin abandonar sus intenciones reformistas, que arrancan de la formación de los frentes populares, los partidos comunistas fueron independizándose poco a poco de la URSS y, por tanto, de la necesidad de mantener la situación esquizofrénica de la frase revolucionaria que encubre el comportamiento reformista. El proceso de integración se inició de modo lento, pero ha ido ganando velocidad en los últimos años, hasta convertirse en un galopar frenético de identificación. Actualmente, los partidos comunistas no son ya aquella extrema izquierda (simbólica) hosca y brutal a quien no se podía presentar en sociedad; por el contrario, se han convertido en partidos serios, responsables, en cuyos hombros puede recaer en cualquier momento el fardo pesado de la gobernación del Estado.

Curiosamente, a los efectos de renovación del marxismo, esta integración de los partidos comunistas ha contribuido notablemente a clarificar la controversia. Antes, con los partidos comunistas ejerciendo en la oscuridad como mártires y como alternativa revolucionaria (verbal) al orden constituido, no era tan claro que la sociedad del capitalismo tardío carezca de alternativa real. Hoy, con la integración de los partidos comunistas en un sistema político cuyo norte no es otro que su reproducción sistemática y su estabilidad, es claro que no existe alternativa para las sociedades del capitalismo avanzado. Es decir, que no existe alternativa cualitativamente distinta. O, caso de tenerla, no está formulada. La misión del marxismo renovado habrá de consistir precisamente en enmendar la plana a las sucursales y formular la alternativa a la sociedad del capitalismo avanzado.

La renovación del marxismo en nuestra sociedad, que ya comienza a apuntarse de modo muy claro, supone, ante todo, un replanteamiento radical de la táctica y la estrategia del movimiento obrero. El marxismo tiene que introducir cambios en sus conclusiones que sean acordes con las condiciones sociales actuales. Los índices mayores de cultura, de especialización, comu-

nicación e información muestran que las sociedades del capitalismo avanzado —y en este sentido también las del socialismo avanzado— son sociedades más maduras, menos infantilizadas que aquellas con las que hubo de vérselas el marxismo originario. En consecuencia con esto, el marxismo renovado tendrá que prestar menos atención a los partidos políticos —que ahora funcionan de un modo mecánico, como empresas, muchas veces de espaldas a sus propios seguidores y generalmente por encima de sus cabezas— y mayor, en cambio, a las iniciativas y factores de la autonomía popular; más atención a la política comunal y de vecindario, a las iniciativas ciudadanas y a las instituciones de participación —autogestión— y poder directo que eliminen tutelajes hoy enojosos y devuelvan a la gente la facultad de decisión sobre sus propias vidas. Igual que el marxismo fue capaz, en un momento dado, de formular la teoría de la organización-partido, tendrá que serlo ahora de formular la teoría de la organización autónoma (y ni que decir tiene que el marxismo posee en las reservas luxemburguianas, gramscianas, etcétera, filones teóricos casi inagotables para estos menesteres).

Al propio tiempo, en una sociedad en que la política ha dejado de ser cosa de élites para convertirse en un tema cotidiano de la generalidad de los ciudadanos, el marxismo debe conceder menos atención a los temas de la política formal en sentido clásico (parlamentos, comisiones, delegaciones, crisis ministeriales, etc.), para prestarla, en cambio, a aquellos asuntos que aparentemente alejados de la política, inciden, sin embargo, sobre la realidad cotidiana de las gentes y tienen, en consecuencia, una importancia política de primera magnitud: ecología, urbanismo, conservación de recursos naturales, comunicación humana, dignidad del trabajo, racionalidad de la vida cotidiana, eliminación de privilegios, aseguramiento de la igualdad real, condición de las minorías, de los marginados, perspectivas del feminismo, calidad de vida, etc., complementarias con otras de repercusiones normativas generales: reforma radical de la familia, de la educación, de las relaciones laborales, del régimen de prevención y represión de delitos, con propuestas de organización alternativa de la vida cotidiana (comunidades, educación participativa y compartida, prevención comunitaria de los delitos, etc.).

Esto implica, asimismo, reconsiderar la actitud clásica del marxismo hacia la consecución del objetivo revolucionario. Parece que, a diferencia de las sociedades más simples, en las sociedades complejas del capitalismo avanzado, el camino más corto hacia la emancipación no es la revolución política (esto es, la manipulación pura y simple de los resortes del poder político, pretendiendo luego introducir el socialismo mediante decreto). Parece que la vía pasa por la conquista de la hegemonía en la sociedad civil, y ello no

como pretenden los partidos comunistas, por el camino ficticio de la política, sino por el de la renovación real en el ámbito de la vida cotidiana.

La reconstrucción del marxismo y el replanteamiento radical de la estrategia y la táctica del movimiento obrero suponen, asimismo, la reconsideración de todos y cada uno de los conceptos que se habían dado por recibidos en la doctrina: clase, lucha de clases, poder, modo de producción, alienación, estructura, hegemonía, alianza, etc. A su vez, la reconsideración del marxismo en términos tan profundos únicamente puede hacerse situando a la doctrina en el contexto real del mundo en que se mueve y no en el vacío artificial del dogmatismo soviético. Esto implica que el marxismo debe volver a ser la síntesis y destilación de los conocimientos del tiempo en los ámbitos más diversos. Sólo así podrá conseguirse esta revitalización del marxismo, que pasa necesariamente por tres momentos a los que únicamente haremos breve referencia aquí, con intención de desarrollarlos en otro lugar:

- a) Reconsideración del proyecto revolucionario del marxismo (a tenor de los cambios introducidos en la cadena imperialista y las luchas de liberación nacional, en el replanteamiento del sujeto revolucionario y en la reorientación de los objetivos en el capitalismo avanzado).
- b) Recuperación de la multidimensionalidad del pensamiento revolucionario (lo que implica la asimilación definitiva en el seno del marxismo de las conclusiones obtenidas en ámbitos específicos del saber, como el psicoanálisis o la recuperación no dogmática de las experiencias del movimiento obrero en toda su amplitud: anarquismo, anarcosindicalismo, trotskismo, etc.).
- c) Reconstrucción del materialismo histórico como ciencia crítica.

Si la tarea parece enorme, el objetivo que sigue propuesto de emancipación de los seres humanos, bien merece la pena de acometerla.